

El campo chileno contado por sus novelistas (servidumbre o humanidad)

“Como las chillas y culpeos, únicos sobrevivientes de la fauna de la antigua selva, los campesinos hicieron de la pobreza casi una norma de vida, y el ulpo o el chercán fueron su alimento habitual si el mingaco no les daba en la trilla, o en la cava de la viña, la cazuela común, o el hambre real y trágica de los inviernos no los impulsaba a carnear la oveja o la vaquilla del rebaño del patrón, sin miedo alguno al castigo creuel que podía sobrevenir”.

Mariano Latorre, *“Carlos Acuña, poeta del Maule”* (En *Memorias y otras confidencias*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1971. Selección, prólogo y notas de Alfonso Calderón).

Al examinar atentamente la pintura chilena del siglo XIX, habrá de advertirse que, desde Rugendas a Caro, el huaso es un personaje costumbrista que no adquiere la fisonomía de un ser que padece un trabajo duro, viviendo en pésimas condiciones, enmarcado en un orden sobre el cual carece de opinión o de dominio. Tal vez sean los detalles que advierten los viajeros que pasan por Chile (Mary Graham, Bladh, Ruschenberg, Poeppig, Haigh, Caldcleugh, Mellet Lafond de Lurcy y Treutler, entre otros), en relación con sus hábitos, vivienda, carácter, función y costumbres, lo que permite reconstruir un mundo que venía dándose en el paso del siervo del encomendero al inquilinaje.

En 1862, Alberto Blest Gana publica su novela “El ideal de un calavera”, ambientada en la

era portaliana. Allí, en un período que poseía el sello dominante de los ideales del liberalismo romántico, el escritor advierte a un amigo: “¿Necesitaré decirte que la mayor parte de las escenas y de los tipos de ‘El ideal’ son tomados de la realidad? Tú sabes, o te diré por si lo ignoras, que desde que escribí la primera novela a la que yo doy el carácter de literatura chilena, he tenido por principio copiar los accidentes de la vida en cuanto el arte lo permite. Este principio lo he aplicado con particular esmero en “El ideal de un calavera”.

Describe en la obra las costumbres y condiciones de vida en una hacienda del valle central por los días de aquello que se ha considerado el período de oro de la “república en forma”. En el lugar denominado ‘El Trébol’, se enmarca la jerarquía y el rango de los hombres de una hacienda: patrón, administrador, mayordomo, vaquero, potrerizo, inquilino “y por último el peón gañán, este gitano de nuestros campos, que no tiene hijos ni mesa ni hogar, que duerme a la intemperie y vaga de hacienda en hacienda según el jornal”.

Don Calixto Arboleda, el propietario, explica que ha organizado un plan mediante el cual se saca “el mayor provecho con el menor gasto posible del trabajo de los peones e inquilinos”. La actividad básica consistía en evitar que el dinero se esfumase en las manos de éstos. Cuando Abelardo, el héroe trágico de la novela, cuenta que él paga en dinero el trabajo de los peones, don Calixto le dice: “¡Ah, ahí está lo malo! ... Vea usted mi sistema. Tengo un bodegón; por

consiguiente, lo que yo pago debe volver a mi bolsillo. Si pago en plata, los peones se van donde quieren. No, señor, ¿sabe lo que hago? Yo tengo mucha cicuta y con la ceniza hago jabón. Esta es mi plata: les pago en jabón. Así tienen que comprar en el bodegón y aprenden también a asearse, porque siempre les queda algún pan. El que quiere plata sufre un descuento. El jabón lo voy mandando después a la ciudad. ¿Qué le parece? ”.

Se trata de un primor de lo que el propio Blest Gana llama “hacendado economista”, el cual suele ir ensanchando su teoría “hasta aplicarla al incremento de la riqueza pública”, emitiendo sus disparates “con el entusiasmo que ciertos hombres encuentran en el culto que se profesan a sí mismos”. La despótica exigencia lleva a la expoliación y a un plan general destinado a esquilmar sin reservas a los trabajadores. No sería ni cuerdo ni sensato sugerir que Arboleda era el modelo del patrón de antaño, pero de ese tronco salen innumerables ramas, flores y frutos en los que encarna un tipo de lucro inmoral y antihumano, que cruzará todos los períodos de la historia de Chile, como se nota al ver a don Alejo, el pivote de la acción económica de la novela “El lugar sin límites” (1966), de José Donoso.

El caudillo agrario va a ir surgiendo, de acuerdo con los intereses y necesidades del patronazgo, en el siglo XIX, desde la riqueza local a la protección parlamentaria que habrá de permitir “legalizar” la continuidad de la explotación, el despojo, valiéndose de los llamados “hombres-

pilares” del sistema establecido. En “Gran señor y rajadiablos (1948), Eduardo Barrios sitúa los acontecimientos de su historia en el período que va aproximadamente desde 1850 a 1920, José Vicente hereda las tierras de Leyda (L'eida o La ida), antes del período de los ferrocarriles, diligencias y posadas. José María, el cura, recibe terrenos que habrían de convertirse en viñas, en la zona del Maule. Por allí, el gobierno, siguiendo la idea colonizadora del ministro Varas y de Pérez Rosales, abre y puebla la región con el fin de lograr “la riqueza de mañana”. Así, trasladaron “a lomas y llanos muchas pobres gentes que, desmonta ayer, roza hoy, arranca troncos en seguida y siembra por último”, para, al fin, “instaurar un conjunto de hijuelas de gran promesa”. No tenían éstas menos de quinientas cuabras, y la palabra “hijuela” era una forma de disminuir el efecto del lugar y de sus posibilidades. El sacerdote trabajaba en la misma dirección. Se concebían “las sendas del Señor tanto como guía de almas hacia el cielo cuanto enjambrando intereses y pasiones”.

No fue fácil separar las ideas de redención y de intereses. “La política, redentora y católica —escribe Barrios—, enclavó su brújula en medio de la grey. El Partido Conservador halló en el cura efficacísimo agente; y su dominio se recreaba en la obra de Dios y de la Santa Madre Iglesia, cuando el primer juez de distrito cayó en las nuevas tierras. Era éste liberalote y hereje, sustrábase que radical, de la recién nacida hueste; y tras él fueron llegando, como exploradores al principio, poco a poco en actitud de colonos-

con títulos ganados bajo el ala del partido, algunos correligionarios suyos. Vivían estos individuos en torno a su juez, ganando querellas a los vecinos y, paulatinamente, derivando los derechos de fallos en primera instancia hacia juicios ordinarios por el dominio sobre terrenos propios de los colonos”.

La lucha por la tierra tenía ya un tinte nuevo: era la batalla final por el Poder, dejando de ser un embrión de darwinismo social para convertirse en un envión doctrinario, de vastas proyecciones, que incluía el acceso a las fuentes mismas de ese poder. “Para ciertas elecciones —se cuenta en “Gran señor y rajadiablos”—, empezaron a llegar con anticipación muchos desconocidos, a quienes el juez hospedaba y que,

Los dueños de la tierra combinaban el poder, la explotación y el don de mando con gestos de magnanimidad y de sacrificio personal. Daban y explotaban con la misma mano.

según decires, figuraban en los registros como electores inscritos. Osó el caudillo hereje formar con ellos y algunos felones de las hijuelas, cierta vez, una columna de manifestantes electorales que desfilaron con ostentaciones de predominio. Y mucho impresionó aquello a los pobladores más pobres; tanto que algunas decenas, presumiendo que las huestes saldrían victoriosas al fin, inclináronse a plegarse a sus manifestaciones. Pero en el acto el cura, rápido y decidido, organizó en la aldea otro comicio. A éste asistieron, bien montados, con sus arreos chapeados en plata, con laboreados chamantos, bonetes bordados de flores y cuantos lujos pudieron ostentar, los ricos de la comuna, escoltados por peonadas de caballería, gañanes en columnas de

a pie, mujeres de celeste cinta o escapulario sobre mantas y rebozos, ellos adelante, a la puerta de la iglesia ellas; y tal efecto se logró, que los tibios volvieron al redil y la elección se ganó a la postre. Más todavía: la urna sólo recibió los votos que el cura quizo que fueran sufragados, y después, aún se decidió exigir a los forasteros que como electores trajera el juez, retirarse de la zona”.

Los vaivenes electorales se combinan con la idea de que el campo es una cornucopia. Gastar es un prodigio, un sentido natural del disfrute de la existencia. El tiempo no acepta un pagaré sobre la eternización de las condiciones de siembra y cosecha, y la tierra no siempre es la matriarca dispensadora. De pronto, “van de mal en peor. Nada cosechan. Ya son los polvillo del trigo, ya la sequía, ya las lluvias a destiempo. Todo se les malogra. Sólo un recurso fiel encuentran: hipotecar”. Los servicios de la deuda van entrampándolos; la tierra se malbarata, y van al remate, con los interiores de las casas y cuanto hay en ellas: los signos de la platería, los santos quiteños, los grandes óleos, las joyas afiligranadas, los animales y, por cierto, las cosechas. En la ruina, van a encontrarse los enemigos, conservadores y liberales. El desheredado, el inquilino, el peón deberán partir en busca de un destino menos aciago, que posee, sin embargo, los mismos rasgos, hacia el sur, prodigándose el cuatrero, el salteador de camino, el arriero contrabandista, la horda de los que se juegan para apropiarse de lo que hallen en el camino.

El patrón, Valverde o los que son y piensan como él, se dejan llevar por una convicción básica y abierta: “en medio de tanto malhechor y de la evidente inutilidad de policías y gobernantes, no había medio de vivir en los campos de Chile sin el arma al brazo”. La época supuestamente idílica ha terminado. Ya es el tiempo de una guerra constante. La nostalgia de los tiempos del encomendero y de la Conquista constituyen el rasgo de afirmación de los patrones. Y se ve en el elogio que hace Valverde de ellos: “Son éstos los tipos que nos hacen falta, los que nos dejaron felizmente, sembrados por aquí y por allá, los conquistadores, y que luchan a vencer o morir, incansables, a veces crueles, pe-

ro crueles consigo mismos también, y van creando, de espaldas a la política, entre delirios, barrabasadas y porfías, un futuro fuerte y rico para Chile”.

No se trata de ejercer un despotismo sanguiinario, sino una extraña mixtura muy chilena entre la arbitrariedad y el paternalismo. El poder, la explotación, el don de mando suelen combinarse con gestos de magnanimidad, de sacrificio personal, con el dar y explotar en una sola mano. Valverde “tan pronto mandaba despóticamente a peones y capataces, como encogiéndose de hombros ante una dificultad la zanjaba con algún mixto de chirigota y abandono, de arbitrariedad y escepticismo”.

Hay ya, por esos años, quienes gustan de elogiar los tiempos nuevos, aquellos que ayudó a mirar Benjamín Vicuña Mackenna, y no se esquila hablar de las bondades de las “máquinas”, pero, como José Pedro Valverde, muchos terratenien-

tes adivinan un tiempo de agotamiento del ritual de las grandes tradiciones populares de las fiestas campesinas, anuladas por el trabajo agrícola mecanizado. Lo único adverso a la máquina “resulta su tristeza en la faena. Si antes toda labor de campo fue mezcla de trabajo y fiesta, en lo venidero sólo habrá esfuerzo y monotonía, fatiga. Con las yeguas se irán esas carreras finales de las cocineras, con los jinetes metidos en la era todos y cada cual con su mujer al anca. Se acabarán las meriendas con arpa y guitarra, y las cuecas a era barrida”.

El lamento por los días apocalípticos del campo chileno se dejan oír en boca de los hacendados. En la ancianidad, espantado con las argucias y artulugios del nuevo siglo, José Pedro Valverde recusa el cambio de las costumbres y del viejo estilo de las jornadas de sol a sol: “Los famosos tiempos modernos, ellos tienen dentro la locura. Y sus modernistas, que sin distingos dictan le-



yes contra el sentido de los hombres que hemos hecho de Chile un país. Esos políticos de hoy, envenenadores sociales por ambición egoísta, ellos, sobre todo ellos, tienen la culpa. Cuando menos lo pensemos no se podrá trabajar. No hay gobierno, no hay autoridad, no hay moral pública. Todo es ganarse mañosamente a la chusma con teorías. ¡Si al menos fueran teóricos, esos tipos! ¡Bonita teoría la que pregonan! Bien lo dijo don Joaco al morir: "la bestia con la cola pará por delante y la cabeza a la rastra". Así estamos de absurdos hasta la tusa. Y aguante usted. Porque tampoco hay partidos de orden. Al mío, lo desconozco. Dice que "evoluciona". ¡Mentira! Se ensucia en los fundillos de miedo, desde

A los terratenientes chilenos les perturbaban los avances democráticos de la legislación. No querían cambios, porque ellos escinden un mundo que parecía compacto y eterno.

que se viene dejando vencer. ¡Cobardes mis correligionarios! No seré yo quien mueva un dedo por ellos en adelante. Que se vayan a la porra...".

No quiere dejarse enmarcar por una política de Estado. Don José Pedro Valverde desearía negarse a la historia, evitando los desbordes de una despersonalización viscosa del poder individual. "Me dicen señor feudal, tirano de horca y cuchillo —monologa—. ¡Qué saben esos mocosos y babosos, de lo que Chile ha exigido de nosotros los que lo pusimos en orden! ¿Cómo habría yo arreado a los bandidos en otra forma? ¿Cómo habría creado en estas peonadas, con tendencia al pillaje todas, hábitos de trabajo y honradez? Ahora debería yo poder hacer lo mismo con esos

facinerosos de la administración pública". Le perturban los avances democráticos de la legislación, los impulsos por dar a cada cual lo suyo. "El régimen y él habían ido en dirección divergente" y él aspira a volver las espaldas. Se trata de un requiem, de la aspiración de no desear que nada cambie, porque ello escinde un mundo que parecía compacto y eterno.

Conviene no olvidar que entre los historiadores surge un deseo de precisar lo que ha sido el papel de los terratenientes chilenos. Si Julio César Jobet traza una configuración moral del endeudamiento y la explotación, en su "Desarrollo económico y social de Chile", Mario Góngora ha afinado certeramente los rasgos del inquilinaje en su espléndido "Origen de los inquilinos de Chile Central" (1974). Por su parte, Gonzalo Vial pretende rectificar los informes acerca de la propiedad agrícola y de sus poseedores, en el período que va desde la Guerra del Pacífico a los días del Centenario de la Independencia, emanados de los textos de Alejandro Venegas ("Sinceridad o Chile íntimo en 1910"), de Luis Emilio Recabarren, y de los enfoques económicos de Agustín Ross, que aprecia el fin de una serie de principios de equilibrio financiero con la inconvertibilidad y la inflación provocada por el papel moneda.

Vial observa el efecto de un "doble golpe", el de la crisis exterior, y el alza del costo interno, que sorprende a la agricultura nacional "descapitalizada y endeudada". Anota: "el agricultor continuó endeudándose y —a través de los intereses— descapitalizándose, para sobrevivir. Por eso rechazaba —¿quién no? — una revalorización de sus deudas, o sea, convertirlas en metálico aplicando un cambio que superaba el vigente y aún, muchas veces, la cotización en que dichas deudas habían sido contraídas. Por eso no pudo dar a sus trabajadores mejores salarios ni mejor vida..."⁽¹⁾

Lo que no explica Vial es cómo una zona importante del marasmo económico de Chile procede de que la riqueza nos ha venido entre períodos larguísimo de una crisis económica consustancial al país. Los reventones de la plata de Caracoles y de Chañarillo, el efecto del oro de California, los ingresos por el comercio de Val-

paraíso, antes de la construcción del canal de Panamá, se hicieron agua y sal, convirtiéndose en palacios, en carruajes, en joyas y en lujos de índole parasitaria en beneficio de unos pocos que, además, iban a Europa con rango digno de nabab. Y hay más, el surgimiento de un personaje símbolo de esa conducta en la novela de Alberto Blest Gana "Los trasplantados", asunto que ya había preocupado a Alberto del Solar en su obra "Rastaquouère. Ilusiones y desengaños de los sudamericanos en París" (1890) y a Joaquín Edwards Bello en, "Criollos en París" (1933).

Canalejas, el personaje mayor de "Los trasplantados" (1904), derrocha en París el dinero

La plata, el oro y los ingresos por el comercio de Valparaíso se hicieron agua y sal, convirtiéndose en palacios, carruajes, joyas y viajes a París. Los bienes en Chile se hipotecan, se especula en la bolsa y luego todo se gasta en Europa...

que obtiene de sus bienes hipotecados en Chile, de sus campos, de sus proezas bursátiles en el corazón de esa maniobra especulativa que conducirá a la caída de la Bolsa, en 1905. Su proyecto consiste en ser aceptado por la nobleza de París, casando a una de sus hijas con un noble tronado, en la línea de la gente que se pronunciará en contra de Dreyfus, en favor de la monarquía, llamando "bribona" a la República. Quienes vivían en París —y Blest Gana los conoció muy bien— consideraban que en Chile poseían una especie de inagotable bolsa de Fortunato. En la novela, desde Chile, un hombre cauto, considerado agorero por los Canalejas, advierte que es preciso terminar con el derroche. Nadie quiere oír a Pedro Esteban. "¿No estaban allá sus

haciendas, sus acciones de Banco, su participación en otras empresas hasta entonces productivas, su dinero prestado a fuerte interés con buenas hipotecas? Al alejarse de su patria, dejándola floreciente, él no se imaginaba que todas esas piedras angulares sobre las que están basadas las modernas fortunas, pueden fácilmente desquiciarse y amenazar de ruina el edificio al menor sacudimiento del comercio universal".

¿A quién pudo beneficiar realmente la baja de la moneda? No cabe duda de que ha sido miel sobre hojuelas, en el pasado, cuando había ciertos indicios de lógica en la conducción de este país, "a los productores, a los terratenientes, a todo deudor, a las instituciones de crédito que facilitan dinero para especular, no para trabajar; a los asalariados les ha sido indiferente mientras han podido defenderse con el alza de los sueldos y salarios, y los únicos verdaderamente perjudicados han sido los depositantes en cajas de ahorro, los tenedores de bonos y los jubilados".⁽²⁾

Hay un momento que coincide con el período que va desde la Guerra del Pacífico hasta el reclutamiento en los trabajos de las salitreras, en el cual el campesino de Maule, el minero de Lota, el arriero de la cordillera de la Costa, el costino, el lanchero porteño, el indio de las reducciones de la Araucanía, esos mocetones robustos que se ven en las fotografías de comienzos del siglo, van a agotar sus energías en un mundo nuevo, lleno de promesas, dejando atrás el trabajo del campo. El pequeño propietario se encuentra ante una proposición de subsistencia. Si bien la finca pequeña es ya suya, ¿qué futuro hay frente a una tecnificación para la cual sus bienes son mínimos? "Ganado con el rudo trabajo de mucho tiempo, allí está aquel terreno, en donde cada árbol representa una gota de sudor o un esfuerzo de sus brazos; atrás la casa labriega enjabelgada de blanco, delante las hortalizas, más allá los sembrados y distantes, las líneas oscuras de los lindes", expresa el personaje de un relato de Rafael Maluenda.⁽³⁾ Los viejos se entrampan en un pasado que sueñan perfecto, pero ya los nietos anticipan el trabajo del futuro, una explotación rápida, eficiente y veloz, altamente tecnificada. La máquina, cuyo carácter maligno es



advertido por muchos personajes de las novelas naturalistas, es todo. Y si alguien acaricia “con la mano su vientre lustroso, entreviendo vagamente que la fuerza allí oculta contribuía de algún modo al mayor bien de los hombres”,⁽⁴⁾ ya hay un porvenir que se adivina como incógnita del proceso social y como proyecto de vida nueva.

El concepto de la encomienda prevalece en muchos enfoques de relatos y de novelas chilenas. Ricardo A. Latcham piensa que el huaso chileno pintado por Mariano Latorre en “Zurzulita” (1920) “dista mucho de ser ejemplar desde un punto de vista ético o nacionalista. Por el contrario, allí Latorre ha introducido su agudo escalpelo en un medio todavía feudal, que pre-

valeció en el agro nacional hasta muy adelantado el siglo XX, como una herencia determinada por la encomienda que establecieron los conquistadores, entre 1541 y 1565”.⁽⁵⁾ En Millavero, un poblado de la cordillera de la Costa, aún persiste el embrión del siervo de la gleba. Latorre los caracteriza admirablemente: esos campesinos habían perdido algo “de la raza originaria, los aventureros que en busca de oro se establecieron en el valle en los tiempos posteriores a la Conquista, pero tomaron algo de la substancia concentrada de las parras de rulo, de la aspereza de los quiscos espinudos o de la astucia egoísta de los zorros ladrones y a veces, también, la escamita de oro que un rayo de sol descubre en el lecho blanco de los pantanos y arroyuelos”.

En la novela de Latorre se entrecruzan los símbolos vivientes de civilización y barbarie, que describiera en el otro lado de la cordillera Domingo Faustino Sarmiento, y que relatara, en páginas admirables, Lucio V. Mansilla en su “Excursión a los indios rangeles”, y que ha immortalizado el terrible juego de Doña Bárbara y Santos Luzardo en la gran novela de Rómulo Gallegos, “Doña Bárbara”. En la región de Puraapel, Latorre ve que se está “en los tiempos de la América de la Conquista. Allí todo queda oculto, todo se muere al pie de los cerros que lo aislan de la civilización, el crimen o las acciones meritorias”. Comienza ya a adivinarse el sentido de rebelión organizada que tendrá su culminación en los actos de Ranquil, novelados por Reinaldo Lomboy en su novela homónima (1942). Es la zona del alto Bío-Bío, con un orden que va desde el carácter de campamento de Santa Bárbara, abajo, y de Lonquimay, en las alturas.

Ya hay una noción arbitraria del éxodo. Los campesinos serán expulsados de la tierra. ¿Por qué? ¿Los predios pertenecían a otros? ¿Eran heredades fiscales? ¿La ley había cambiado el juego? “¡Si ellos —se dice uno de los protagonistas— eran hombres de trabajo y de esa tierra dependía la vida de sesenta familias! ¿Acaso ellos no eran también chilenos? ¿Acaso el gobierno se acordaría de ellos solamente en épocas de elecciones o para quitarles por un año sus hijos, mozos de veinte años, para llevarlos al servicio militar, a aprender a defender la patria, la

tierra? Esa tierra, esa patria pequeña habían aprendido a defenderla sin ir a cuarteles; si se la quitaban, ¿cómo podrían defender otra mayor que no tendría sentido para ellos? ”

La agitación comienza, porque todo es un avispero, y no hay nadie que no experimente la noción del embrollo mayúsculo. Los propietarios piensan que las tierras son suyas, el Estado regula los procedimientos y se niega a facilitar la venta a los campesinos y, finalmente, los carabineros desean cumplir las órdenes de exterminar a los “revoltosos” y poner fin a la ilegitimidad de las ocupaciones y de los desbordes. El lamento de uno de los campesinos resume la tragedia de ese sin sentido: “Recurrimos al gobierno. Le pedimos que obligara al rico a vender al

sembraba, había un manzano. No necesitábamos más. Eramos felices. Pero un día llegó el rico insolente, y nos echó, apoyado por los gendarmes y los tinterillos. Tu padre no tenía escrituras. Trató de oponerse. Y nos quemaron la casa. Tu padre era joven. Nada dijo. Unció la yunta de novillos a la vieja carreta. Metí en ella mis tres criaturas, tus hermanos mayores, y salimos a rodar por los caminos”.

En la pampa argentina los problemas no eran ni el hambre ni el trabajo, ni siquiera la explotación. Es una vastedad que aún se exhibe como una apelación al colono. Recién comenzaba la edad del alambre. Allí, la vida “no tenía historia. Fechas, sucesos, acciones caían desmenuzados en el constante y lento devenir. Se vivía sin esfuerzo, es verdad. Abundaba lo esencial. Pero faltaba la conexión directa del hombre con el hombre; el sentimiento de solidaridad sólo abarcaba el reducido núcleo de la familia. Un poco más allá y ya era el desprecio por la vida ajena. Era la lucha, no por la supervivencia, sino por la supremacía del instinto. Era el placer de matar por matar, a traición las más de las veces. Era, el fin, el hombre que regresaba al desenfreno, libre de trabas, perdiéndose en la impunidad de las grandes distancias. Era la vida fácil, pero alerta. Era Canaán, una Canaán erizada de puñales, en la que, para subsistir, había que ahogar el sentimiento, desterrar la piedad, en endurecerse”.

En los campos chilenos, el trabajador migratorio suele aparecer con el carácter de un hombre que sigue la estrella, imbuido de una idea que no le deja atarse a tiempo ni a lugar. ¿Son, acaso, los ‘hombres naturales’ de una especie de utopía agraria? En un cuento de Luis Durand, “Afuerinos”, se autorrefieren con rasgos inequívocos: “...los *animales*, con ser brutos, viven mejor que nosotros. No pasan necesidades y tienen su *güen gualpón a onde* duermen bien *reparaos*. Lo que el pobre no merece muchas veces ni un pedazo de rancho *pa* favorecerse de la lluvia”. El peón caminero, en cambio, establece valores solidarios. En su novela corta “La camará” (1946), Fernando Santiván pinta las formas de vida de ese núcleo de trabajadores que abren caminos en las proximidades de Villarrica: “Es curiosa y simple la forma en que ordenaban sus

La tragedia del campo chileno que se vive a principios de siglo se resume en un lamento campesino: “Recurrimos al gobierno. Le pedimos que obligara al rico a vender al fisco sus tierras y él las revendiera después a nosotros pa’ pagarlas en treinta años. El gobierno no quiso hacernos caso. ¡Ta’ tan lejos el gobierno!”.

fisco sus tierras y él las revendiera después a nosotros pa’ pagarlas en treinta años. El gobierno no quiso hacernos caso. ¡Ta’ tan lejos el gobierno!”.

Distinto es la noción agrícola y ganadera de la colonización en Neuquén. La pampa es la oportunidad, en los comienzos de este siglo. Si las salidas se cierran, hay que buscar siempre más allá. Si existe. La epopeya de ese esfuerzo gigantesco ha sido exaltada por Daniel Belmar en su novela “Coirón” (1950). Cuando el niño, ojo de la cámara de la historia, pregunta a su madre por qué han llegado a ese lugar, ésta caracteriza la situación: “La mala suerte, mi hijo. Cuando nos casamos, tu padre tenía un terrenito en Quino, cerca de Traiguén. Criaba ovejitas,

cuentas los miembros de la cuadrilla. No reconocían jefes. Reinaba entre ellos comunidad de bienes casi absoluta. Verdad es que nada poseían fuera de lo que llevaban sobre el cuerpo; pero la camaradería llegaba al punto de que se prestaban mutuamente zapatos, dineros y ropas... El trabajo y los gastos de aprovisionamiento los hacían en común y las utilidades las repartían por partes iguales. Si alguno de los compañeros caía enfermo o sentíase cansado, los otros se encargaban de trabajar por él... Este procedimiento, que pudiera parecer inspirado en alguna teoría económica, era acto espontáneo y ajeno a todo intelectualismo; entre ellos lo denominaban *la comucha* y es muy común hallarlo establecido entre obreros a contrata. La base de armonía entre hombres de tan diversos caracteres era, posiblemente, una simpatía de grupo, instintiva y poderosa. Se juntaron cualquier día en algún rincón de la cantina, chocaron los vasos, lloraron sus miserias. Sus destinos eran parecidos; su procedencia turbia en unos como en otros. Parias, vagabundos, sin raíces en la tierra, se reunieron para prestarse ayuda y mutuo calor”.

Otro problema que no siempre redundaba en beneficios reales para el obrero agrícola, en un pasado no tan remoto, es el de los beneficios del mediero. “Los pobres *tenimos* que favorecernos lo mejor que se pueda, cuando el rico quiere ponerle la soga al cuello a uno dice un personaje del cuento “Aprendiendo a brujo”, de Luis Durand. Y a este *jutre* hay que darle su *merecío*, porque *ende* que ha *llegao* por estas orillas no ha *dejao otomía* por hacer. *Usté tamién habrá sabio* lo que le pasó a *on* Faustino Pérez con él, por asunto de una chacra que tenían a medias. Como es tan *laino*, *on* *Dodríguez* lo hizo hipotecarse con él hasta la tusa, hasta obligarlo después de venderle la cosecha en verde, por una *frionera*, en circunstancias que él vendió los porotos al triple de lo que le costaron. Es tan traquilla que no se atora ni con un quisco”

La novela sobre los conflictos de tierras de la Araucanía, el problema del mapuche, los fingimientos de la vieja legislación, el rigor de la llamada “pacificación de la Araucanía” y los múltiples asuntos derivados de la construcción de ferrocarriles⁽⁶⁾ y del *auge* de los asentamientos

Desde el punto de vista del indio, el vino y el huinca, en ese orden, son las causas de la pérdida de sus heredades. Lo que comienza en una botella, termina en el documento legal y, luego, en el desalojo.

y colonizaciones merecerían un ensayo independiente. Sin embargo, gran parte de las situaciones básicas se dan en los libros de Lautaro Yankas. Sobre todo en “Flor Lumao” (1932) y en “El vado de la noche” (1955). Desde el punto de vista del indio, el vino y el huinca, en ese orden, son los elementos causativos de la pérdida de sus heredades. Lo que comienza en una

botella termina en el documento legal, en el apremio del tinterillo, en la corrida de cercos, en el desalojo.

El cacique de “El vado de la noche” expresa, buscando los aspectos negativos del pueblo mapuche: “Ahora hay que trabajar. Las guerras se acabaron. Hoy se pelea con la tierra y con el huinca para que la cosecha quede en la ruca y no se vaya por los caminos hasta el despacho y la cantina. El mapuche no quiere entender. ¡Si el gobierno me da mando, apaleo al mapuche que trae pobreza a la ruca y vergüenza a la reducción!”.

La observación no impide que, en otra parte de la historia, Yankas deje oír otra noción de los personajes y de los acontecimientos, sin evadir el trasfondo que da sentido a problema: “El mapuche sufre doores y desgracias, como si fuese alma en pena o perro arrestiniento. ¿Quién lo socorre y lo guía pa que no se corrompa? Tentarlo, matarlo. El Gobierno no lo ayudó nunca ni lo amparará jamás, porque el Gobierno es huinca malo, que llena su panza y escupe palabras y palabras. El día que acabó la guerra contra el

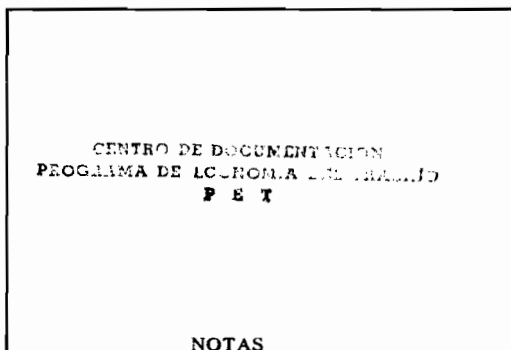
mapuche, el Gobierno debió enseñarle a vivir, enseñarle letras, enseñarle el buen trabajo de la tierra ampararlo contra el huinca vecino. No lo hizo y por eso el mapuche es hoy infeliz. Le dejaron un terrón de lo mucho que tenía y mañana también se lo quitarán. Pero el mapuche seguirá viviendo, mañoso y vengativo, hasta que tenga otro destino. ¿No roba en la noche, no corre por los caminos y los montes, porque la tierra que le dejaron no le sirve? ¿No mata, antes que lo maten a él? ”

¿Es que, en el peor de los casos, el trabajador, mapuche o criollo, era ineficiente, incapaz de llevar a término los proyectos, duro en el aprendizaje, atenaceado por los vicios o sin atributos para el laboreo? No parece que ello pueda ser la verdad ni permitir la excusa. No pocos investigadores extranjeros, como Mac Bride y Herring (“Chile en la presidencia de don Pedro Aguirre Cerda”), dijeron con suficiente alarma e indignación que las habitaciones de los campesinos no eran dignas de seres humanos, que los caballos de los terratenientes merecían mayor atención que los siervos. Por otra parte, un hombre de raíz tradicional, Luis Correa Vergara, pudo escribir: “El trabajador chileno no sólo ha manifestado su eficiencia en la agricultura, sino que también en toda clase de actividades, y así se explica que, con tan reducida población, sin la cooperación del brazo extranjero, que ha hecho la prosperidad de otros países, y con muchos otros factores adversos, nuestro avance en el camino del progreso ha sido tal vez superior a lo que en nuestras condiciones naturales se podía esperar”.(7)

Hay un dato que conviene tener en cuenta, al concluir este recuento de las condiciones del hombre de campo que se narra en la novela y el cuento chileno, desde 1835 a 1940. En septiembre de 1933, el diputado conservador Pablo Larraín, que fue censurado por su propio partido, dijo en la Cámara de Diputados, con dolor honesto, que 568 propietarios eran dueños del 65% de los campos. ¿Había exageración en esa estadística que evita un haz de discursos? ¿Era aquello, como se ha sostenido más de una vez, beneficioso para el país —no la abstracción que llamamos así, sino el conjunto de quienes

trabajaban en el campo, en condiciones misérrimas, y el consumidor que veía un proceso de aceleración sin mengua en los precios—? La tenencia de la tierra podía ser observada a la distancia, de modo prescindente, por los gobiernos?

La irrupción de la reforma agraria —con los errores y excesos que nadie desconoce— ¿no fue un intento para racionalizar esta situación insostenible? ¿No hubo un “síndrome de la encomienda” que duró más allá de su tiempo, volviéndose ilícito y anómalo al no agotarse con el fin del gobierno colonial y el arribo de la Independencia? Sobre este tema arduo y doliente habrá que volver en alguna ocasión.



- (1) “Historia de Chile (1891-1973), tomo II, Editorial Santillana, Santiago, 1981, pp. 442-443.
- (2) Alberto Cabero, “Recuerdos de don Pedro Aguirre Cerda”, Editorial Nacimiento, Santiago, segunda edición, 1948, p. 305.
- (3) “Héroes”, en “Escenas de la vida campesina” (Imprenta Cervantes, Santiago, 1909).
- (4) Rafael Maluenda, “No Pancho”, en “Escenas de la vida campesina”.
- (5) “Prólogo a Zurzulita” (Citamos por la quinta edición, Editorial Nacimiento, Santiago, 1952).
- (6) No conviene olvidar el inmejorable retrato de la vida en la Araucanía, nuestro Far West, del ingeniero belga Gustave Verniory en su obra “Diez años en Araucanía. 1889-1899” (Ediciones de la Universidad de Chile, Santiago, 1975), ni las páginas que Ignacio Domeyko dedica al tema en “Araucanía y sus habitantes”. Falta una monografía adecuada que revise, en lectura detenida de memorialistas y narradores, los problemas del latrocinio, por una parte, y del genocidio cometido con el pueblo mapuche, diezmado durante la mal llamada “pacificación de la Araucanía”, una jornada de inhumanidad que no nos enorgullece.
- (7) “Agricultura chilena”, tomo I, Editorial Nacimiento, Santiago, 1938.